



Ilmo. Ayuntamiento de
Madridejos

XLIII CERTAMEN LITERARIO

“VILLA DE MADRIDEJOS”

TRABAJOS GANADORES

LOCURAS ENTRE SUEÑOS

Miguel estaba harto. Harto de que todo el mundo y en todos los lados se hablase de lo mismo. En los anuncios de la tele, en su clase, en su casa, por la calle y hasta sus amigos hablasen de lo mismo. William Shakespeare y Miguel de Cervantes parecía el único tema de conversación en la ciudad. Y es que era así, porque habían sacado una película que le gustaba a todo el mundo sobre estos dos personajes, un escritor inglés y un español. Nada que ver. El odiaba la lectura y no quería verse relacionado con nada de esto, así que intentó pasar del tema. Pero era tan difícil que decidió echarse a dormir, pensó que sería lo mejor. Le costó, pero al final acabó durmiéndose.

Su mente comenzó a imaginar cosas. De repente se encontraba sentado en su lugar. Estaba en una especie de casa, con balcones a los lados, y con un escenario. Supuse entonces que aquello era un teatro. Había mucha gente ocupando los asientos, que iba vestida de forma también muy rara. Muchos hombres llevaban sombrero, y todas las mujeres unos vestidos muy bonitos. No sabía qué hacía allí ni para qué estaba. En ese mismo momento salieron varias personas al escenario. Dos hombres, uno con armadura de apariencia débil, y otro con un traje algo viejo y que se le veía más fuerte. Contaban que Don Quijote, el protagonista de esta historia, quería ir en busca de aventuras acompañado de su armadura y caballo. La gente pensaba que estaba loco, pero no exactamente. Simplemente nos enseñaba que podemos crear nuestra propia realidad y vivirla según nuestras propias reglas. No es del todo una locura.

A continuación aparecieron otros dos personajes, esta vez chico y chica. El chico era de rasgos bastantes atractivos y se llamaba Romeo. De la chica, Julieta, se podría decir lo mismo. Eran dos enamorados con familias enfrentadas, que de

vez en cuando tenían la ocasión de poder verse. Ya que las cosas no funcionaban demasiado bien, cada uno intentó idearse su propio plan, llegando así a la tragedia de la muerte entre ambos, puesto que hubo dos malentendidos, y los dos murieron por amor. Esto no enseña que nada se consigue con odio ni violencia, y que para llegar al perdón y a la comprensión, no hay que esperar a la muerte. Algo que nos parece increíble pero cierto.

Miguel se despertó de un largo sueño, y llegó a la conclusión que tenía que escuchar a los demás, no centrarse en su propio mundo. A partir de ese día, comenzó a leer todos los libros que tenía por casa, y decidió adentrarse en este pequeño mundo llamado escritura, donde no todos triunfan. Solamente los que de verdad le ponen el sentimiento y la vida a cada palabra, a cada letra, consiguen que podamos hacer un mundo de ella.

Autora: Lucía Miguel Asensio (13 años)

Premio categoría de 11 a 14 años.

TOKOROZAWA

Un cielo cárdeno, con el sol desplomándose sobre el horizonte, presidía la escena.

Judith miraba embelesada como las primeras estrellas del anochecer, se asomaban a la platea de ese inmenso escenario que es el firmamento. David la contemplaba a ella. Y Judith sentía su mirada sobre el cuello, derramándose por los besos que aún no le había dado. Quizás por falta de valor, o por exceso de prudencia. La única certeza que sentía cada latido de su corazón, era que aquel anochecer en el que cumplía catorce años, dos meses y diecisiete días, recibiría su primer beso. O al menos el primero que contendría la pasión efervescente de unas hormonas que ya hacía un tiempo que se agitaban con violencia en su interior, transformando su cuerpo y su mente, llevándolas en volandas a través de ese paso que deja atrás a los niños, y convierte la infancia en un recuerdo latente que aún espejea en la mirada.

Sentados sobre el tejado, veían como la ciudad se desparramaba a sus pies, extendiéndose hasta donde los edificios sólo eran sombras difusas. La noche tomaba cuerpo, y un sinfín de neones y farolas que nimbaban a ambos lados de las calzadas, tartamudeaban antes de resplandecer. Sin embargo ellos se sentían ajenos a ese mundo, a ese ajeteo impersonal propio de las grandes urbes, en los que uno jamás pasa de ser un desconocido, una simple pieza de un complejo puzzle que nunca logra completarse. Para ellos el único universo en el que anhelaban orbitar era la mirada del otro, a ser posible, en aquel tejado donde la noche comenzaba a refrescar.

-Vas a tener que abrazarme –anunció Judith con una media sonrisa.

David se sonrojó, tragó saliva, y se deslizó hacia ella rodeándola con uno de sus brazos. La adolescente se arrimó hacia su costado, y apoyó la cabeza sobre el flaco hombro de su acompañante. A su lado descansaba una lata de Coca-Cola en la que aún se deslizaban gruesas gotas de agua. David abrió una de ellas y se la extendió. Judith bebió un breve sorbo, se la devolvió y él también bebió, más por rescatar del aluminio el tenue sabor de sus labios, que por sed.

-Mira –le dijo Judith, enseñándole una fotografía recortada de una revista de viajes, que perfectamente doblada, guardaba bajo el dobladillo del pantalón.

David recogió la instantánea y la miró con un interés inusitado, como si en ella estuviera la respuesta a una ancestral interrogante, y de él dependiera su resolución. La fotografía tomada a la luz de un radiante día de cielos despejados, mostraba un inmenso manto de lirios. A lo largo y ancho de la fotografía se exhibían lirios de tantos colores, que la fotografía era una amalgama de hermosos destellos desiguales y sin ningún tipo de orden. A pesar del caótico desorden del jardín, mostraba una belleza tan real como el hecho de que si cerraba los ojos, David casi podía sentir el reconfortante aroma de aquellas agrestes flores.

-Es el jardín de los lirios, el lugar más bonito que he visto en mi vida –anunció Judith sonriendo.

-Algún día te llevaré allí –prometió él.

-Está en Tokorozawa –replicó ella.

-Vale.

-En Japón.

-Está bien.

-¿De verdad me vas a llevar a Tokorozawa, a ver el jardín botánico? –le preguntó ella, sin poder evitar que le asomara cierta vis cómica.

-Te llevaría a Tokorozawa, a Nueva York, a Sajalín o a la Constelación de Andrómeda si supiera que eso te iba a hacer sonreír.

David proclamó aquella promesa con tal seguridad que Judith le creyó. Si sólo existía una certeza en el mundo en aquel preciso instante, era que David haría cuanto hiciera falta para que ella caminara entre los lirios del jardín botánico de Tokorozawa. Cuando trataba temas que él consideraba serios o quería mostrar interés sobre lo que se estuviera hablando, fruncía el ceño, y en aquel momento, mientras afirmaba que conseguiría que Judith paseara entre los mimados lirios de aquella ciudad japonesa, las dos cejas se le unían formando una graciosa arruga sobre el puente de la nariz.

-Solo abren de mayo a julio –matizó Judith.

-Lo tendré en cuenta –resolvió con soltura él, esbozando una agradable sonrisa, en la que se asomaba el candor de un enamoramiento juvenil, hondo y sincero.

Entre los dos se instaló un silencio ensordecedor. A lo lejos, muchos metros por debajo de aquel tejado, puede que el sonido del tráfico, de las factorías de tres turnos del polígono industrial y el resto del fragor propio de la urbe, dotara de una desacompasada banda sonora a la ciudad. Pero aquello no llegaba a su particular universo. Al lugar donde dos miradas se sentían cada vez más cercanas, conducidas de forma irremisible a lo que ambos habían anhelado cuando desde una de las ventanas de la última planta, habían buscado la intimidad que su incipiente amor ambicionaba.

Se miraron tan profundamente que se vieron reflejados en las pupilas del otro. Se escucharon con tanta atención que les pareció escuchar su nombre en cada

latido. Se acariciaron los rostros con tal suavidad, que la piel se erizó deseando el siguiente paso, aquel que sellara su incipiente relación con un beso. Un ósculo sincero y sin más testigos que las estrellas que daban forma y luz al techo de aquella escena.

Sus labios comenzaron a acercarse, la respiración se agitaba. Catorce años, esa era la edad que ambos habían esperado para dar forma a un sentimiento. Para descubrir en unos labios ajenos, el sentimiento de sus latidos. Sin embargo, cuando sus labios apenas comenzaban a rozarse las sirenas del edificio estallaron en una alocada sinfonía de luz y sonido, mientras en las ventanas oscuras comenzaban a encenderse las luces, y un nutrido grupo de personas caminaban con prisas entre los pasillos, abriendo y cerrando puertas, asomándose a las ventas, gritando sus nombres.

Se sonrieron entre divertidos y asustados. Sus labios habían vuelto a separarse unos centímetros, cortando el beso. Un beso cuyo camino estaba decidido a retomar, cuando Teresa, una auxiliar de mirada lánguida y pecho excesivo, que resollaba como si hubiera concluido una maratón, se asomó a la ventana que daba al tejado sorprendiéndoles. Al verles, resopló expulsando de su interior toda la angustia por saberles desaparecidos.

Sacó un *walkie* del bolsillo de su camiseta, e informó del hallazgo, prometiendo que en breve regresarían a sus habitaciones.

-¿Nos queréis matar de un susto? Porque habéis estado cerca de conseguirlo – les reprendió, acompañando sus palabras con un gesto del dedo índice extendido, de forma acusadora.

-Perdón –se disculpó David.

Judith no dijo nada. Para ella pesaba más la pena de no haber culminado su primer beso, que el hecho de haber puesto en jaque a todo el edificio, y haber sido descubierta en el tejado junto a David.

En silencio, ante la mirada aliviada de Teresa, se introdujeron en el edificio a través de la ventana. Una vez dentro, la auxiliar miró a los ojos de la adolescente, y descubrió en ellos el incipiente brillo del amor.

-Lo siento –dijo, como avergonzándose de haberles descubierto allí.

-Iba a ser nuestro primer beso –confesó Judith, cabizbaja.

Teresa paseó su mirada de Judith a David, de David a Judith. Brazos en jarra, y tras dudarlo durante unos eternos segundos, giró sobre sus pies y salió del almacén de la última planta del edificio, dejando a los púberos enamorados allí.

-En cinco minutos os quiero en vuestras habitaciones –les ordenó.

La auxiliar cerró la puerta a su espalda, y los inexpertos amantes se cogieron de las manos.

-Prométeme que me llevarás a Tokorozawa –le suplicó Judith.

-Sólo viviré para conseguirlo –respondió de inmediato, él.

Se acercaron y unieron sus labios en un púdico beso, en el que cabía todo el amor que les crecía desde dentro, agrietando sus hormonas, revelándoles que la infancia comenzaba a quedarse atrás. Permanecieron así unos segundos, saboreando los sentimientos de labios ajenos, jurándose amor eterno.

Después de los pactados cinco minutos descendieron hasta la planta de oncología, y ante las miradas, réprobas en algunos casos, de los vigilantes,

enfermeros, médicos y auxiliares, caminaron por el pasillo de la mano, observando la sombra difusa que sus cabezas calvas dibujaban sobre el suelo. Se despidieron al final del pasillo, cerca de sus habitaciones. Lo hicieron con un simple ademán de mano y una sonrisa, mientras sentían el calor de un beso que les seguía ardiendo en los labios.

Regresaron a sus habitaciones y soñaron. Soñaron con un inmenso jardín de lirios en Tokorozawa. Allí corrían entre las flores, se besaban, se abrazaban y David mesaba con dulzura la larga melena rubia de Judith, mientras se sabían eternos.

Autor: Ernesto Tubía Landeras

Premio prosa

VIAJE EN LA TARDE DORMIDA

Va cayendo la tarde lentamente detrás de la persianas,
recorre el meridiano de la mesa,
la ventana se llena de atardecer.
Se desliza la tarde entre las amapolas,
el aroma amarillo de la espigas
se mezcla con el verde de las uvas
que apuntan su dulzor almibarado.
Y yo estoy aquí, en medio de esta isla
que emerge en mi corazón
duplicando minutos, interminables,
leyendo a ratos,
en otros dormitado,
sumergida en la memoria sin medida,
sosteniendo en mi alma no sé qué sentimiento
en un latido ronco sin compás ni armonía
con un viento rojizo huracanado.
Se evapora la tarde entre mis dedos
que recorren sin tacto tu recuerdos callados.
Un silencio de fuego deja sus huellas
en el hueco redondo que dibuja mi cintura,
memoria de los días que formaban parte de mi vida
en los que éramos uno, sin más.
Estoy en casa, rodeada de las cosas
que hacen lo cotidiano más amable, más cálido,

más próximo a mí,
que permiten que pueda ir cosiendo las palabras
y hacer constelaciones de emociones.
Son estas las que me devuelven al ciclo incesante de la vida
del que a veces me alejo, inconscientemente, perdida.
Esas cosas me hacen reconocermé
y habitar en mi misma identidad.
¿Y tú dónde estás?
La pregunta se instala como un eco en mis labios
se repite, invoca tu presencia,
como invoca la noche a la mañana.
Puedo imaginarte en cualquier lugar del mundo,
en un tren,
dejándote mecer por el ruido metálico de raíles sin fin,
o en un andén,
como un punto minúsculo, quieto,
en un universo que se agita continuamente.
O junto al mar,
Las olas vienen, descansan en tus pies
mientras oteas, concentrado, la línea diluida del horizonte azul.
Quizá esté caminando sobre la piel del agua
jugando con la espuma,
o bajo un árbol, tendido, contemplando su copa
como una nube verde confortable y mullida
que te hace recordar al niño que dormita en tu interior.

O viviendo otros besos que ya no son los míos,
que te llevan a un cielo en el que yo no estoy.
En esta tarde que sabe a soledad
mi corazón vuela a buscarte
sin saber hacia dónde puede orientar mis pasos,
sin saber qué mapa consultar,
ni a qué ciudad llegar,
ni qué ropa preparar para la travesía,
si hará frío o calor,
si el viento envolverá mi cuerpo fatigado,
o qué zapatos me harían el camino más rápido hasta ti.
No sé si tengo que llegar antes de la cena o después,
cuando todo está en calma,
cuando no esperes que nadie invada tu reposo,
cuando te vea mirando por la ventana
recibiendo la quietud de la noche,
cuando creas que te has refugiado en un lugar seguro,
cuando tu corazón se calma del oleaje de los sentimientos,
cuando creas que todos los pasos que iban tras de ti
han deshecho el camino.
Cuando mi corazón reciba, con un susurro, señal de que me esperas,
entonces, solo entonces, llamaré a tu puerta,
y quizá te encuentre en un lugar que nunca hubiera imaginado,
pero reconoceré al instante que eres tú.
Me lo dirá tu voz en medio del silencio clavado en mi piel.

Lo repetirá el parpadeo incrédulo de tu mirada.
Lo desvelará tu retina trasparente
dejando entrever que me estabas esperando.
Y entonces mi viaje llegará a su fin.
Y mi mundo se llenará de luz.
Y cuando tú mires se acabará la sed y el hambre,
el miedo se convertirá en espuma del mar,
y recogeré mi equipaje
porque creeré que he llegado a mi sitio,
al único sitio en el que quiero estar.
sin embargo estoy aquí, en casa,
con la tarde licuándose en mi pecho,
con el alma galopando por todo los rincones de mi cuerpo
intentando encontrar los puntos cardinales
en el mapa sin líneas...
...de esta tarde dormida en que te pienso.

Autora: Julia Flores Arenas

Premio verso

LA ISLA FANTÁSTICA

Hola amigos, soy Laura, una chica simpática, sincera y aventurera. Mi amigo Fernando y yo fundamos un departamento para averiguar los misterios de todo el mundo. Se llama “El departamento de los enigmas”. Al departamento vienen investigadores de todo el mundo a contarnos sus progresos en los enigmas del planeta. Un día vino un investigador de Hawái y nos habló de una isla cercana a Hawái que nunca había sido investigada, y que alrededor de ella, hace poco había salido una barrera de coral. Fernando y yo nos miramos y le preguntamos al investigador dónde estaba la isla. Él nos lo indicó y nos dijo que nos podía acompañar.

Nos dirigimos hacia afuera, nos montamos en un helicóptero del departamento y partimos hacia la misteriosa isla. Después de una hora, llegamos a Hawái, desde allí nos montamos en un barco hasta la isla con todo lo necesario.

Al llegar nos encontramos un paisaje lleno de vegetación. Mientras caminábamos, empezamos a ver que del suelo salían unos corales y nos extrañamos. Seguimos el coral y donde estaba la gran parte, había un mago que estaba mirando con una lupa el coral. Se dio la vuelta, nos vio y dijo: -¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí? Somos investigadores y venimos a investigar el extraño coral que está creciendo alrededor de esta isla –dijo Fernando.

Entonces el mago se tranquilizó y dijo: Soy el mago Sabiondo, lo sé todo sobre esta isla, si tenéis alguna pregunta, planteádmela, yo os responderé.

-Pues queríamos saber quién ha creado la gran barrera de coral –dije.

Y el mago respondió: lo estoy investigando y creo que han sido las brujas hechiceras que viven en la gruta de los hechizos.

-Y ¿dónde está esa gruta? –dijo Fernando

Entonces el mago llamo a un pajarillo y dijo: Este es Mapillo , ha estudiado la isla y sabe donde están todos los pasadizos y caminos secretos. Os ayudará en todo momento. Partimos hacía la gruta de los hechizos junto a Mapillo. Después de caminar un rato, oímos a alguien pidiendo ayuda. Nos encontramos a un hada con un ala atrapada por una roca. Corrimos hacia ella y haciendo palanca con una rama conseguimos apartar la roca.

-Muchas gracias, soy Aguadulce, una de las muchas hadas de la naturaleza, ha habido un desprendimiento y una roca me ha atrapado el ala. Por cierto: ¿Quiénes sois? – Somos investigadores y estamos investigando la famosa barrera de coral.

-¿Y este pajarito?

- Es Mapillo, nuestro guía en la expedición –dije.

-¿Quieres acompañarnos? –dijo Fernando

-Encantada –dijo el hada.

Todos juntos partimos hacia la gruta de los hechizos. Al llegar nos escondimos detrás de una roca y Fernando dijo: -Aguadulce, podrías hacer un hechizo de transformación y transformamos en brujas (y brujo).

Entonces Aguadulce dijo con los ojos cerrados y las manos hacia delante: - Por el poder que me ha sido concedido en un brujo y dos brujas conviértenos con este hechizo.

Al instante, mi pelo se volvió oscuro y sucio, y me di cuenta que llevaba un vestido roto y manchado.

-Entremos dentro de la gruta –dijo Fernando.

Cuando entramos nadie nos dijo nada ¡el plan funcionaba!

Por un altavoz oímos que decían: -A todas las brujas y brujos preséntense en la sala central, Oscuridad quiere decirnos algo. Entonces Fernando dijo:- ¡Es nuestra oportunidad! ahora que no va a haber nadie en la gruta, podemos investigar.

-Pero la charla nos vendría bien para conocer el plan de las brujas – Dije yo.

-Entonces nos dividiremos –dijo Fernando – Mapillo y yo investigaremos por la gruta, y Aguadulce y tú id a la charca.

Fernando y Mapillo encontraron en la habitación de Oscuridad un hechizo para dominar el mundo, y Aguadulce y yo descubrimos que la barrera de coral servía para que no pudiera pasar el agua.

Le diría a las criaturas que si no la coronaban reina, no la quitaría y se secarían las plantas.

Al reunirnos trazamos un plan para derrotar a Oscuridad. Fuimos a la habitación de Oscuridad. Aguadulce pronuncio un hechizo de sueño profundo y la teletransportó a la cárcel de la isla, donde la encerraron. Luego fuimos a su habitación, buscamos el contra-hechizo e hicimos desaparecer la barrera de coral. Al darse cuenta, el resto de brujas hechiceras huyeron asustadas de la isla. Aguadulce nos teletransportó al

puerto, nos despedimos de ellos y partimos hacia el departamento sabiendo que dentro de poco aparecería otro enigma sin resolver.

Autora: Carla Rodríguez Romero (10 años)

Premio categoría hasta diez años.